

EL FULGOR DE TULAYTULA

Antonio Lázaro
Escritor

España, la plural y única España, avanza dentro de su cultura hacia la restitución de todas sus ramas al tronco común. A la asunción de la herencia judaica y la celebración de la proyección americana, debe agregarse el desvelamiento de la clave hispanoárabe (o andalusí, que tanto da), tan feraz en nuestro arte, en nuestro carácter y hasta en nuestro hablar de cada día.

Un grupo de toledanos se está moviendo en esta dirección, proponiendo (al hilo de la conmemoración del milenario de esa alhaja que la Mezquita del Cristo de la Luz es) una amplia recuperación del Toledo islámico. Lo que, sin duda, contribuirá a que la ciudad pueda regresar, de manera activa, a la vanguardia cultural que tantas veces ejerciera en el pasado: cuando los Concilios, en el taifa de Al Mamún, en tiempos de Alfonso X y

de la Escuela de Traductores, cuando la magnífica corte poética de finales del XV, con El Greco (luz universal y toledana para siempre). En cierto modo, Toledo nunca ha dejado de ser vanguardia e inspiración de vanguardias pero ya desde el Romanticismo actuante herméticamente, a través del inconsciente onírico y surreal, de afuera hacia adentro (de Zorrilla o Bécquer a Buñuel, pasando por Galdós, Blasco y tantos otros).

Con haber triunfado la imagen unidimensional de un Toledo cuna y cabecera de ortodoxias (en lo religioso y en lo institucional), es sin embargo una de las ciudades más sincréticas (en lo urbanístico y cultural) del mundo. Quizá la que más (por delante de Estaambul y en un plano equivalente a Jerusalén). El latir islámico de Toledo es un silencio clamoroso, una evidencia que no se proclama a sí

misma pero que asalta al paseante con una intensidad de otra naturaleza, pero igualmente sugestiva y potente, que Córdoba o Granada.

Y con la máxima extensión relativa: aquí no se trata de un distrito o monumento emblemático. Es todo el trazado urbano del casco antiguo el que fulgura.

Para los primeros conquistadores musulmanes, Toledo era ya, antes de pisarla, una ciudad legendaria, a caballo de lo mágico-fantástico y lo mítico (como nos mostró Fernando Ruiz de la Puerta en su ya clásico «La cueva de Hércules»). Igual que antes lo hubiera sido para judíos y godos. Mimarón Toledo y la salpicaron de palmeras y de higueras que les han sobrevivido. También de monumentos memorables como el que se celebra el año próximo. Y supieron hacer florecer un ambiente científico y cultural magnífico que culminó en la era de Al Mamún, periodo que está estudiando y novelando Mariano Calvo. De hecho, la famosa Escuela de Traductores no hubiera sido posible sin el fermento bibliográfico y cultural de los últimos taifas toledanos.

Lo cierto es que hoy, globalmente, lo islámico se percibe en términos de intransigencia y de barbarie. Pero la mente serena debe saber deslindar su compleja y sutil esencia de alto impulso civilizador, que tanto bueno

nos ha legado, de la confusión mediática y el oportunismo de las potencias que dejan gangrenar conflictos civiles de dificultosa cicatrización.

Parafraseando a Manuel Machado, es el alma de nardo de lo árabe español aquello que ahora nos toca dilucidar y valorar. Con la proyección e influencia internacionales, en lo estratégico pero también en lo espiritual, que esta recuperación debe brindar. Más allá de la retórica superflua, España está llamada a ejercer un alto arbitraje en la pacificación de la cuenca mediterránea en su conjunto y una labor como de algodón o bálsamo en el proceso de mestización creciente de la Unión Europea.

Entre los muchos Toledos que uno ama, el islámico figura en lugar preminente. En lo que tiene de real y en lo que tiene de sugestión, de dicotomía que renace y se perpetúa en el arte mudéjar, en la artesanía popular, en la evocación romántica (esa mujer como de «Las mil y una noches» entrevista por Bécquer en su cuento «Tres fechas»), en el inmenso caudal de las leyendas toledanas... Ese Toledo, en que las campanas fueran ocasionalmente pautadas por una salmodia de muecín, habría de ser (por apelar al ensueño y la imaginación, o sea, a la libertad) tolerante y amigo del diálogo, preparado para ejercer un muy noble e importante influjo.